

¿qué Agamenón?, ¿qué Aquiles?, ¿qué los mismos dioses?... Que haya sido el incendio cosa buena ó mala... á nosotros no debe preocuparnos. Bástenos saber que ha resultado un espectáculo bello, grandioso, extraordinario. Por otra parte, yo te fio que el pueblo no te odia ni osará revolverse contra ti. ¡Ten, pues, valor! ¡No realices un acto indigno de ti! ¡Que las generaciones venideras no puedan decir: «Nerón incendió á Roma, sí; pero después, obrando como tímido César y pusilánime poeta, declinó los honores anejos á tan heroica empresa, atribuyéndola á gente mísera é inocente!»

Las palabras de Petronio en las ocasiones solemnes causaban generalmente profunda impresión en el ánimo del Emperador; pero esta vez el *Árbitro de las Elegancias* no se forjaba ilusiones, pues demasiado comprendía que el recurso extremo de que acababa de hacer uso para salvar á los cristianos podía fácilmente no producir otro efecto que hacerle caer á él para siempre de la gracia del César.

Con todo, no le preocupó ni un momento esta contingencia, sea porque amaba audazmente el peligro, sea porque andaba de por medio en el asunto Vinicio, á quien tenía entrañable afecto: «Están echados los dados, dijo entre sí, y pronto veremos si en ese mico es mas poderoso el miedo de perder el pellejo que el amor á la gloria.» Convencido estaba, no obstante, de que triunfaria el miedo.

Después de su discurso reinó durante largo rato en la estancia sepulcral silencio. Todos miraban con ansiedad al César, quien, como de costumbre en los momentos de irresolución, alargaba los labios, levantándolos al mismo tiempo hasta tocarse con ellos la nariz.

Al cabo, en su rostro se reflejaron la contrariedad y el enojo. Advirtiolo Tigelino y apresuróse á decir:

— Señor: permíte que me aleje, pues no puedo oír sin indignación que se te induzca á desafiar el peligro y que te llamen cobarde César, pusilánime poeta, incendiario é histrión.

— ¡He perdido! — pensó Petronio. Pero, sin inmutarse, se volvió á Tigelino, y midiéndole con una mirada que contenía todo el desprecio que era capaz de sentir un patricio, á la vez hombre culto y elegante, por un bellaco, dijo:

— Tigelino; te he llamado histrión á tí, porque en este momento lo eres.

— ¿Acaso porque no quiero oír tus insolencias?

— Porque muestras ahora por el César ilimitado afecto, á pesar de que un momento antes le has amenazado con sublevar á los pretorianos. Lo hemos entendido todos y lo ha entendido también el Emperador.

No esperaba Tigelino esta salida, que le desconcertó y le hizo palidecer. Pero fué el último triunfo del *Árbitro de las Elegancias* sobre su rival, pues Popea, saliendo en defensa de éste, dijo á Nerón:

— ¡Señor! ¿Cómo permites que germine en tu presencia una sospecha semejante, y, sobre todo, que alguien sea osado á manifestarla?

— ¡Castiga al insolente! — gritó Vitelio.

Nerón, alargando de nuevo los labios hasta tocarse con los bordes de ellos la nariz, miró á Petronio con sus ojos vidriosos:

— ¿Es así como pagas el cariño que siempre te he profesado?... — le dijo con acento melancólico.

— Si me he equivocado, pruébamelo — contestó Petronio; — mas ten por cierto que cuanto he dicho me lo ha dictado el amor que te profeso.

— ¡Castiga al insolente! — repitió Vitelio.

— ¡Sí, castígale! — exclamaron otros.

Prodújose en el atrio cierta confusión, acompañada de fuertes murmullos. Todos los cortesanos se retiraron del lado de Petronio, incluso Tulio Senección y el joven Nerva que le habían demostrado siempre gran amistad. En un abrir y cerrar de ojos Petronio quedó sólo á la izquierda del atrio. Con la sonrisa en los labios, arreglándose con indolente mano los pliegues de la toga, esperaba la decisión del Emperador.

— Queréis que le castigue — dijo éste; — pero es mi amigo y camarada, y aunque haya herido cruelmente mi corazón quiero que sepa que para los amigos en este corazón no hay sino clemencia.

— ¡He perdido y... estoy perdido! — pensó Petronio.

Nerón se levantó. Había terminado el consejo.

II

Encaminóse Petronio á su casa, mientras Nerón y Tigelino pasaban al atrio de Popea, donde les esperaban los hombres

que antes habían hablado con ésta y con el Prefecto del Pretorio. Eran dos rabinos del Transtevere, envueltos en amplias y ricas vestiduras y cubierta la cabeza con mitra, acompañados de un joven escriba y de Quilón Quilónides. Pálidos de emoción, en cuanto vieron al César levantaron las manos á la altura de los hombros é inclináronse profundamente.

— ¡Salve, rey de los reyes! — dijo el más anciano — ¡Salve, señor del mundo, protector del pueblo escogido! Eres, César, grande y fuerte entre los hombres, como el león entre las fieras. Tu imperio es como la luz del sol, como el cedro del Líbano, como la fuente de agua viva, como la fecunda palmera, como el bálsamo de Jericó...

— Pero... ¿no me dáis el nombre de dios? — preguntó Nerón.

Los rabinos palidiecieron todavía más, y el que antes había hablado continuó diciendo:

— Es tu palabra ¡oh, señor omnipotente! dulce como la uva y el higo maduro, porque Jehová llenó de bondad tu corazón. Cayó César, uno de tus antecesores, era severo é inflexible; no obstante, nuestros emisarios se negaron á darle el nombre de dios, prefiriendo la muerte á la profanación del nombre del Altísimo y de su santa Ley.

— Pero con seguridad Calígula ordenaría que fuesen arrojados á los leones?...

— No, monarca de los monarcas. Cayó César no se atrevió á desafiar la cólera de Jehová.

Al decir estas palabras irguieron la cabeza y clavaron osadamente los ojos en los del César, como para demostrar que contando con la ayuda y protección de Jehová no les intimidaba la fuerza formidable del Imperio Romano.

Nerón les preguntó:

— ¿Acusáis á los cristianos de haber incendiado á Roma?

— Nosotros ¡oh rey de los reyes! les acusamos solamente de ser enemigos de nuestra santa Ley, enemigos del género humano, enemigos de Roma, y, por tanto, enemigos tuyos, como también de que amenazaban, desde hace largo tiempo, con la destrucción, por el fuego, de la Ciudad y el mundo entero. Lo demás te lo explicará este hombre, cuyos labios jamás han sido mancillados por la mentira, pues por las venas de su madre corría la sangre del pueblo elegido.

El Emperador se volvió á Quilón y le preguntó:

— ¿Y tú, quién eres?

— Un admirador tuyo, Osiris... y un pobre estoico.

— Me enojan los estoicos — repuso Nerón. — Profeso un odio mortal á Traseas, Musonio y Cornuto: me repugnan sus discursos, su desprecio del arte, su afectada pobreza y la suciedad de que hacen gala.

— ¡Oh, señor! Séneca, tu maestro, posee mil mesas de cedro, y cuando á ti te plazca tendré yo el doble, pues real y verdaderamente soy estoico por necesidad. Si tú ¡oh, estrella rutilante! adornases mi estoicismo con una corona de rosas y me pusieras delante un jarro de buen vino, te cantara yo á Anacreonte de manera que el más refinado y alegre de los epicúreos quedárase tamañito.

Nerón, á quien halagó el epíteto de estrella rutilante, dijo sonriendo:

— Eres agudo y me has caído en gracia.

— Vale tanto oro como pesa — observó Tigelino.

— Procura, sin embargo, añadir al mío el peso de tus liberalidades, si no quieres que el viento se me lleve — advirtió Quilón.

— Ciertamente no pesas tanto como Vitelio — repuso el César.

— ¡Por supuesto! Mi espíritu no es de plomo, divino Apolo.

— Veo que tu ley no te prohíbe llamarme dios.

— ¡Oh, inmortal! Mi ley eres tú, y como los cristianos abominan de ella les he tomado ojeriza.

— Bien, ¿y qué sabes de los cristianos?

— ¿Me permites llorar, divino?

— No; el llanto me fastidia.

— Te sobra la razón; porque los ojos que tienen la dicha de contemplarte no deben derramar lágrimas. ¡Defiéndeme, pues, señor, de mis mortales enemigos!

— Cuéntanos lo que sabes de los cristianos — interrumpió Popea, impaciente.

— Voy á obedecerte ¡oh, Isis! — contestó Quilón. — Desde los primeros años de mi existencia estoy consagrado al estudio de la Filosofía, buscando la verdad, así en las obras de los antiguos sabios venerables como en la Academia de Atenas y en el templo de Serapis, de Alejandria. Noticioso de la aparición de los cristianos y creyendo que se trataba de una nueva escuela en la cual pudiera acaso encontrar algunas partículas de la verdad por mí tan ansiosamente buscada, me puse en relación con ellos... por mi desgracia. El primer cristiano á quien mi mala estrella me hizo conocer fué un médico de Nápoles llamado

Glauco. Por él supe, andando el tiempo, que los cristianos adoran á un tal *Chrestos*, el cual les prometió exterminar al linaje humano arrasando todas las ciudades y dejarles á ellos únicos pobladores y dueños de la tierra, á cambio de la ayuda que le prestaran en la nefanda obra de aniquilar á los hijos de Deucalión. He aquí porque odian á los hombres, envenenan el agua de los pozos y dirigen en sus plegarias imprecaciones contra Roma y contra los templos en que son adorados nuestros dioses. Cristo fué crucificado; mas prometió á sus adeptos volver á la tierra luego que Roma hubiese sido devastada por el fuego y dar á los cristianos el señorío del mundo.

—Ahora comprenderá el pueblo porque Roma ha sido devorada por las llamas—interrumpió Tigelino.

—Muchos lo saben ya, señor—continuó Quilón—porque durante estos días he andado por los diversos jardines y por el Campo de Marte explicando á todo el mundo lo que hace al caso. Pero oídme hasta el fin y sabréis los motivos de mi venganza... El médico Glauco tuvo buen cuidado de callar al principio que su doctrina ordenase odiar al género humano; antes, por el contrario, me dijo que Cristo era una divinidad misericordiosa y bienhechora; que el fundamento de su religión consistía en el amor al prójimo, y, como yo tengo el corazón muy sensible, me entregué por entero á Glauco, partiendo con él el último cacho de pan y el último dinero, prestándole fe absoluta y amándole entrañablemente. ¿Y quieres saber ¡oh, señor omnipotente! como me pagó tanta magnanimidad y tantos sacrificios? Pues en ocasión que veníamos de Nápoles á Roma me hirió con un cuchillo, apoderóse de mi mujer y de mi hijo y los vendió á unos traficantes en esclavos. ¡Ah, si Sófoeles hubiese conocido los trágicos sucesos de mi vida!... Mas ¿qué digo? si quien me escucha es un genio muy superior á Sófoeles.

—¡Desdichado!—exclamó Popea.

—Quien tuvo la fortuna de ver siquiera una vez á Afrodita no puede ser desdichado; y yo la veo en este momento... Traté por el pronto de encontrar consuelo á mis pesares en la Filosofía; pero una vez en Roma procuré ponerme en relación con los ancianos de la comunidad cristiana, esperando que me harían justicia y exigirían de Glauco que me devolviese á mi mujer. Por esta razón conocí á su gran sacerdote, y también á un tal Pablo, que había estado algún tiempo en la cárcel, á los hijos del Zebedeo, á Lino, á Cleto y á otros muchos. Sé donde se

reunían antes del incendio, sé donde se reúnen ahora, y podría acompañaros á unas excavaciones de la colina Vaticana y á un cementerio situado más allá de la puerta Nomentana, en donde celebran sus abominables ritos. En aquellos lugares he visto al Apóstol Pedro; he visto también á Glauco que degollaba niños para que el primero pudiese asperjar con su sangre la cabeza de los sectarios que le rodeaban, y, en fin, he visto á Ligia, una jovencita criada en casa de Pomponia Grecina, que se vanagloriaba de haber provocado por medio de sortilegios la muerte de una niña augusta, con lo cual sin duda se refería á tu divina hija, desconsolada Isis.

—¿Has oído, César?—gritó Popea.

—¿Es posible?—gimió Nerón.

—Yo hubiera perdonado las propias ofensas—añadió el griego;—pero al oír las palabras de Ligia á punto estuve de traspasarla con un cuchillo. Por desgracia, el noble Vinicio, que la ama, me lo impidió.

—¡Vinicio! ¿Pero no se le había escapado?

—Si, se le había escapado; pero el tribuno no paró hasta encontrarla, porque no podía vivir sin ella. Por un miserable estipendio le ayudé á buscarla y logré descubrir su refugio. Entonces fuimos allá, en compañía de tu atleta Crotón, para arrebatarla á los cristianos; pero el atleta fué muerto por Oso, un esclavo de Ligia, hombre de extraordinaria fuerza, que retuerce el pescuezo de un toro con la misma facilidad que otro rompe el tallo de una adormidera. Por esto le tenían en gran aprecio Aulo y Pomponia...

—¡Voto á Hércules!—exclamó el César.—El mortal que estranguló á Crotón bien merece que le levanten una estatua en el Foro. Pero tú, ó te equivocas, ó mientes, porque el atleta murió á manos de Vinicio.

—He aquí como engañan los hombres á los dioses... Con mis propios ojos ¡oh, divino César! vi como se quebrantaban los huesos de Crotón entre los brazos hercúleos del ligio, quien, de un puñetazo, derribó acto continuo á Vinicio y de seguro le habría matado también á no intervenir en su favor Ligia. A consecuencia del golpe, Vinicio estuvo durante mucho tiempo enfermo y los cristianos le atendieron y curaron cuidadosamente, movidos por la esperanza de convertirle. Y, en efecto, se ha hecho cristiano.

—¿Cómo?... ¿Vinicio?

—Sí.

—¿Y acaso, también, Petronio?—preguntó con ansiedad Tigelino.

Quilón, frotándose las manos, respondió:

—Admiro tu perspicacia, señor. ¡Oh!... es muy posible; nada tan fácil.

—Ahora comprendo porque defendía á los cristianos con tanto calor.

Nerón se echó á reír.

—¿Cristiano Petronio?... —exclamó— ¿Petronio enemigo de la vida y de los placeres? ¡Ea! no digáis tonterías ni tratéis de persuadirme de semejante absurdo, pues de lo contrario no daré crédito á ninguna de vuestras palabras.

—Pero que se ha convertido al Cristianismo el noble Vinicio no lo pongas en duda. Te lo juro por la luz que irradias, y ten por cierto que detesto la mentira. Pomponia es cristiana, cristiano el hijo de Aulo, cristianos Ligia y Vinicio. A éste le he servido lealmente, y en recompensa me ha hecho apalear, á instigación del médico Glauco, sin que le movieran á piedad mis años ni el verme enfermó y hambriento. Entonces juré por el Averno no olvidar la ofensa. ¡Ah, señor! Venga las injurias que se me han inferido, y yo te entregaré al Apóstol Pedro, y á Lino, y á Cleto, y á Glauco, y á Crispo, y á todos los ancianos de la comunidad, y con ellos á Ligia y á Oso; los pondré en vuestras manos á centenares, á miles; os llevaré á las casas donde se reúnen para orar, á sus cementerios... Las cárceles de Roma serán insuficientes para contenerlos... Hasta ahora, en vano he buscado consuelo á mis desdichas en la Filosofía; haced que desde este momento lo encuentre en los dones y en los favores que á manos llenas derramáis sobre mí... Soy viejo ya, y aún no he gozado de la vida... ¡Estoy tan necesitado de descanso!...

—A la cuenta tú quieres ser estoico ante bien provista mesa —observó Nerón.

—Natural es que quien te sirve pueda vivir con holgura.

—No andas descaminado.

Popea no cabía en sí de gozo al pensar que al cabo podría vengarse de Vinicio y de Ligia. Al primero guardábale rencor por su frialdad despreciativa en la aventura del lago de Agripa, y odiaba cordialmente á la joven princesa por ver en ella una rival, la única mujer que á la sazón en Roma la superaba en belleza.

—¡César!—exclamó:— ¡venga sin compasión la muerte de nuestra hija!

—¡Sí, sí, apresuraos—añadió Quilón,—no sea que Vinicio entre en sospechas y la esconda. Yo os enseñaré la casa en donde se ha refugiado después del incendio.

—Pondré diez hombres á tus órdenes é irás allá al momento —dijo Tigelino.

—¡Ah, señor! ¡Cómo se conoce que no viste á Crotón entre los brazos de Oso! Si me haces acompañar por cincuenta hombres, desde lejos les indicaré la casa; pero si á la vez no os apoderáis de Vinicio, estoy perdido.

Tigelino miró á Nerón y preguntó:

—¿No sería conveniente acabar de una vez con tío y sobrino?

Nerón, después de reflexionar un momento, dijo:

—No; todavía no. Nadie creería que Petronio, Vinicio y Pomponia Grecina, que tenían casas suntuosas en Roma, son los incendiarios... Ya les llegará el turno. Ahora nos conviene otro género de víctimas.

—Concédeme, pues, una sección de pretorianos para la guarda de mi persona —repuso Quilón.

—Tigelino cuidará de eso.

—En el interin —respondió éste— vivirás en mi casa.

—Y yo os entregaré á todos los cristianos... ¡á todos! Pero no hay que perder tiempo. ¡Apresuraos! —dijo Quilón con voz firme y el rostro radiante de alegría.

III

Petronio, después del consejo, se hizo llevar á su casa, la cual, gracias á hallarse circuida por los lados y la fachada posterior de jardines y á dar la anterior al Foro Ceciliano, había sido respetada por el fuego. Por esta razón, los demás augustales que en el incendio habían perdido vivienda, obras de arte y riquezas, le llamaban hombre de suerte, epíteto que no podía causarle la menor extrañeza, pues hacía tiempo que le daban el de «hijo predilecto de la Fortuna;» y con motivo, ya que el César le distinguía con íntima y cordial amistad. No obstante, el hombre de suerte, el hijo predilecto de la Fortuna, se veía á la sazón precisado á meditar en la inconstancia de su madre ó